

RELATOS QUE SANAN



Fotografía de Jesús Abad Colorado

NARRATIVAS DE LA ESPERANZA

Asignatura Construcción de Cultura de Paz
Por: Profesor José Fernando Ramírez

ÍNDICE

RELATOS QUE SANAN

INTRODUCCIÓN	4
OBJETIVO GENERAL	5
OBJETIVOS ESPECÍFICOS	5

LOS INVISIBLES DE LA CIUDAD: LA REALIDAD DEL TRABAJO INFORMAL	6
• Introducción	7
• ¿Realidad o suerte?	8
• Entrevistas	10

EL IMPACTO DE LA MASACRE DE ALASKA Y LA VIOLACIÓN DE DERECHOS FUNDAMENTALES EN LA REGIÓN DEL MAGDALENA	15
• La masacre de Alaska: Una herida abierta en el corazón del Valle del Cauca	16
• Entrevistas	18
• Reconocimiento a las víctimas	21

BUGA Y MEDIACANOA: LA TIERRA PROMETIDA, PERO SOLO PARA LOS PROBLEMAS.....	24
• Introducción a la sesión	25
• El teatro del posconflicto en el Valle del Cauca: Cuando los discursos chocan con la realidad en Buga y Yotoco	26

ÍNDICE

RELATOS QUE SANAN

- Si queremos paz, construyan soluciones...Soluciones con “güevos” para Buga 31
- Soluciones con sabor a montaña para Yotoco 32

PARQUE CABAL: DE SÍMBOLO DE ESTATUS A REFUGIO DE LOS INVISIBLES 33

- De símbolo de estatus a refugio de los invisibles 34
- Del esplendor colonial al olvido moderno: La decadencia de un símbolo..... 36
- Cuando el progreso iluminaba el Parque Cabal 37
- La actualidad del Parque 38
- Parque Cabal en sus días de esplendor: Una postal del pasado 39

LA HISTORIA DE UNA FAMILIA DE TENERIFE: UN ECO DE INCERTIDUMBRE, OLVIDO Y SUEÑOS ROTOS 42

INTRODUCCION

En el Valle del Cauca, cada calle, cada plaza, cada rostro tiene una historia que contar. Historias que no siempre aparecen en los libros oficiales, pero que laten con fuerza en la cotidianidad de los pueblos y ciudades. Este libro es una invitación a mirar de frente esas realidades que muchas veces preferimos ignorar: el trabajo informal que sostiene familias enteras sin garantías; los vendedores ambulantes que luchan por sobrevivir en un sistema que los margina; las víctimas del conflicto que aún esperan justicia en un país que firmó la paz, pero no la ha construido.

Guadalajara de Buga, con su historia colonial y su rostro de ciudad religiosa, también es escenario de contrastes. Aquí, en sus calles y parques, conviven el comercio formal y el rebusque, la devoción y la desigualdad. En el Parque Cabal, alguna vez símbolo de prestigio, hoy descansan los cuerpos y las esperanzas de quienes han sido excluidos del progreso. Y entre ellos, se entrelazan las voces de los que no tienen voz: desplazados, trabajadores informales, adultos mayores sin pensión, jóvenes sin oportunidades.

La masacre de Alaska, aún impune y dolorosa, es una herida abierta en el corazón del departamento. Yotoco, Mediacanoa, Buga... son nombres que en el papel están marcados como zonas de posconflicto, pero que en la vida real siguen esperando inversión, servicios, oportunidades y, sobre todo, verdad. ¿De qué sirve la paz escrita si no se traduce en salud digna, en educación de calidad, en justicia y reparación? ¿Cómo hablar de reconciliación si las víctimas siguen siendo invisibles?

También traemos en estas páginas la historia de una familia de Tenerife, que representa a muchas otras en esta región: familias marcadas por la incertidumbre, por el olvido estatal, por los sueños que se aplazan generación tras generación. Son relatos que nos obligan a preguntarnos si realmente hemos entendido qué significa construir un país más justo.

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga

Inspirados en el pensamiento del sociólogo Orlando Fals Borda, este trabajo se construyó desde la perspectiva de estudiantes *sentipensantes* –aquellos que no separan el conocimiento del sentir, ni la razón de la empatía–, comprometidos con el territorio, con las voces silenciadas y con la posibilidad de una Colombia más justa, incluyente y en paz.

OBJETIVO GENERAL

Visibilizar, a través de una narrativa crítica y sensible, las múltiples formas de exclusión y resistencia presentes en el Valle del Cauca –particularmente en Guadalajara de Buga y sus alrededores–, abordando temas como el trabajo informal, la memoria del conflicto armado, el abandono institucional y las historias de vida silenciadas, con el fin de promover una reflexión profunda sobre la justicia social, la equidad y la construcción de una paz real y sostenible.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- ✓ Explorar **las dinámicas del trabajo informal en Guadalajara de Buga**, con especial énfasis en la situación de los vendedores ambulantes, sus condiciones de vida, luchas cotidianas y aportes a la economía local.
- ✓ Denunciar **el abandono institucional**, como Mediacanoa y Buga, visibilizando las brechas entre el discurso oficial del posconflicto y las realidades territoriales.
- ✓ Rescatar **la memoria colectiva de hechos traumáticos como la Masacre de Alaska**, reconociendo a las víctimas no solo desde la cifra, sino desde su humanidad, su historia y su derecho a la verdad, la justicia y la reparación.
- ✓ Reflejar **las transformaciones simbólicas y sociales de espacios públicos como el Parque Cabal**, mostrando cómo el deterioro urbano también habla de los procesos de exclusión y desplazamiento interno.
- ✓ Narrar **historias de vida como la de una familia de Tenerife**, que simbolizan la incertidumbre, el dolor y los sueños truncados de muchas comunidades del Valle del Cauca.

LOS INVISIBLES DE LA CIUDAD LA REALIDAD DEL TRABAJO INFORMAL



AUTORES:

Yury Valentina Mahecha Silva
María Camila Ordoñez Valencia
Gabriel Santiago Restrepo Guerrero
Norman Alexis Núñez Mondragón

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga



INTRODUCCION

El trabajo informal es una realidad que nos rodea y, sin embargo, muchas veces pasa desapercibida. No tienen un salario fijo, seguridad social ni protección legal, pero sí tienen algo en común: la lucha diaria por sobrevivir. Más allá de las cifras, el trabajo informal tiene un rostro, una historia y un porqué. Por esta razón, esta problemática no puede seguir siendo ignorada.

Los vendedores ambulantes de Guadalajara de Buga, al igual que en muchas otras ciudades, son parte esencial de la economía y del tejido social. Sin embargo, la falta de regulación y protección los deja en una situación de vulnerabilidad. Es nuestra responsabilidad como sociedad reconocer su labor, promover estrategias de inclusión y trabajar por un modelo económico más equitativo. No podemos seguir viendo a los vendedores ambulantes como una molestia en las calles; son personas con historias, con sueños y con derechos. La construcción de paz también implica justicia económica y social. Hoy, con esta exposición, damos un paso hacia la reflexión y el cambio.

En este contexto, el trabajo informal como medio de subsistencia hace alusión a aquellas actividades económicas que no están reguladas por el Estado. Los vendedores ambulantes son una parte fundamental de este sector urbano del centro de la Ciudad Señora, donde se ofrecen productos y servicios sin contratos formales y en condiciones de vulnerabilidad. Algunas de sus principales características son la falta de seguridad social y beneficios laborales, ingresos variables y muchas veces inestables, condiciones de trabajo precarias y sin garantías legales, y la ausencia de protección frente a abusos o desalojo por parte de las autoridades.

REALIDAD O SUERTE

Las razones que llevan a las personas de la Ciudad Señora a la informalidad son diversas y muchas veces responden a situaciones de necesidad extrema. Entre las causas principales encontramos el desempleo y la falta de oportunidades laborales, lo que lleva a recurrir a la distribución de mercancía ambulante como única forma de generar ingresos sin requerir una infraestructura. Además, los bajos niveles educativos limitan las oportunidades de acceder a empleos con mejores condiciones. Sumado a esto, la crisis económica y la desigualdad social de la ciudad señora impulsan a muchas familias a buscar sustento en la informalidad. Asimismo, la migración y el desplazamiento forzado llevan a muchas personas que han sido víctimas de conflictos o crisis en sus países de origen a encontrar en el trabajo informal una forma de sobrevivir en un nuevo lugar, como los venezolanos y personas que hacen parte del sector rural de la ciudad.

Por otro lado, el trabajo informal tiene efectos tanto positivos como negativos en la comunidad Bugueña. En el lado positivo, genera empleo para muchas personas que no encuentran oportunidades en el sector informal, fomenta el emprendimiento y la creatividad y facilita el acceso a productos y servicios a precios accesibles para la comunidad. No obstante, también contribuye a la evasión fiscal, reduciendo los ingresos del Estado, aumenta la inestabilidad económica de quienes dependen de ingresos inciertos y puede generar problemas de orden público, como congestión en espacios públicos y conflictos con autoridades. En la ciudad señora la venta ambulante es una actividad común, especialmente en zonas turísticas como la Basílica, plaza de mercado corabastos Buga y calles céntricas. Muchos de estos vendedores han trabajado en la informalidad por décadas, enfrentando retos como desalojos y restricciones impuestas por la administración municipal en el espacio público, falta de acceso a créditos o apoyo estatal y competencia desleal con grandes cadenas de comercio. Pese a estos obstáculos, los vendedores ambulantes desempeñan un papel fundamental en la economía local y en la identidad cultural de la ciudad.

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga

Para mejorar las condiciones de los trabajadores informales y reducir la precariedad en la que operan, se pueden considerar varias estrategias. En primer lugar, la formalización gradual mediante programas que faciliten la transición de la informalidad a la formalidad con incentivos fiscales y capacitaciones. En segundo lugar, la creación de espacios regulados, como mercados o zonas destinadas exclusivamente para vendedores ambulantes, garantizando su derecho al trabajo sin afectar el orden público. Además, es fundamental brindar acceso a créditos y microfinanzas para mejorar sus negocios y crecer económicamente. Finalmente, el diálogo entre vendedores y autoridades resulta clave para encontrar soluciones justas y equitativas.

En este panorama, es importante destacar que en las calles de Guadalajara de Buga es común ver a personas mayores vendiendo dulces, loterías, tintos o productos de bajo costo. Muchos de ellos no están ahí por elección, sino por necesidad. El trabajo informal en la tercera edad es el reflejo de un problema social y económico de fondo. Algunas de las principales razones por las que las personas mayores terminan en las calles trabajando son la falta de una pensión digna, el desempleo y la discriminación laboral, los costos de vida elevados y el abandono familiar, viéndolo de esta forma para los adultos mayores, el trabajo informal es aún más complicado que para los jóvenes. Sus cuerpos no tienen la misma resistencia, lo que hace que pasar largas horas de pie o expuestos al sol y la lluvia sea una lucha diaria. Además, están más expuestos a riesgos como caídas, problemas de salud y falta de acceso a atención médica. En Buga, es común verlos en parques, a la salida de iglesias o cerca de la plaza de mercado Corabastos Buga, vendiendo lo que pueden para ganarse el sustento diario. Sus rostros reflejan años de esfuerzo, pero también una profunda necesidad de apoyo.

Para comprender mejor esta realidad, tuvimos la oportunidad de salir a las calles de Guadalajara de Buga y entrevistar a diferentes vendedores ambulantes. Nos dieron la oportunidad de conocer un poco de su vida, sus ingresos, sus obligaciones y todo lo que conlleva ser un trabajador informal,

principalmente cuando se es mayor de edad. Durante nuestro recorrido, hablamos con una mujer que ofrecía chocolate y agua de panela, un mototaxista conocido como "moto ratón", un señor que cuida motos en una de las zonas más concurridas de la ciudad y un artista urbano que se pinta el cuerpo para ganarse la vida. A pesar de sus diferencias, todos tenían algo en común: trabajan bajo el sol, la lluvia y las dificultades diarias, tratando de sobrevivir. A través de estas entrevistas, confirmamos que la mayoría de los vendedores trabajan día a día solo para poder pagar una pieza donde dormir, no ser una carga para sus familias y así sobrevivir sin ningún otro ingreso que los ayude. Sus historias reflejan la lucha constante de quienes, aunque no tienen estabilidad ni garantías, siguen adelante con dignidad y esfuerzo.

Estos son alguno de los casos que más nos impactaron:

La señora que vende chocolate y agua de panela nos compartió su historia



"Yo soy la que sostengo mi hogar, soy de origen venezolano y me han cerrado las puertas en muchos trabajos por mi nacionalidad, me dedico a vender chocolate, agua de panela y tintos para sostener a mis hijos, me toca vivir con 35 mil o 40 mil pesos diarios con los que debo de atender todas las responsabilidades económicas de mi hogar, no tengo seguro social debido a mi poca capacidad económica para pagarla, esto me lleva a que no me puedo enfermar ningún día del año "

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga



El "moto ratón", que se dedica al mototaxismo, nos contó cómo esta labor le permite ganarse la vida, pero también lo expone a riesgos diarios:

"Esto no es fácil. A veces hay operativos de tránsito y nos toca escondernos. Pero si no trabajo, no hay plata para la casa. No tenemos contrato ni seguridad, si algo nos pasa, nos toca arreglárnosla solos."



El cuidador de motos expresó la dura realidad de su oficio:

"Aquí estoy todos los días, desde temprano hasta la noche. La gente me da lo que quiere, a veces una moneda, a veces nada. Pero de esto vivo, no tengo otra opción ya que mi condición física no me permite realizar trabajos de mucho esfuerzo debido a mis 12 cirugías provocadas por accidente de tránsito."

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga



Durante nuestro recorrido, conocimos a un señor que se pinta el cuerpo de negro y se ubica cerca de la universidad. Su historia nos dejó reflexionando sobre las duras condiciones que enfrentan muchos trabajadores informales.

Nos contó que tiene dos hermanas y que los tres son dueños de una casa. Sin embargo, a pesar de que el inmueble genera ingresos por arriendo, él no recibe la parte que le corresponde. En lugar de eso, sus hermanas solo le dan 30 mil o 40 mil pesos de vez en cuando, argumentando que él "no necesita más", cuando en realidad, su situación es extremadamente precaria.

Actualmente, vive en una pequeña pieza donde ni siquiera puede llevar mercado o comida, ya que no se lo permiten. Solo le permiten dormir allí, lo que lo obliga a buscar diariamente qué comer en otro lugar. Para alimentarse, acude a un restaurante comunitario donde paga 2 mil pesos por un almuerzo que, según él, "no alcanza a llamarse decentemente almuerzo", pero es lo único que puede pagar para poder comer todos los días. Este testimonio refleja cómo muchas personas no solo enfrentan la falta de oportunidades laborales, sino también la injusticia dentro de sus propios círculos familiares. A pesar de ser dueño de una propiedad, se ve obligado a subsistir en condiciones indignas, sin apoyo real ni acceso a lo que le corresponde.

También nos comentó que diariamente con las pocas monedas que le alcanza solo tiene para el almuerzo hasta el otro día, en este momento se encuentra en busca de un abogado sin ánimo de lucro que lo pueda ayudar con el tema de la casa en sucesión para que sus hermanas no se sigan aprovechando de su situación sin entregarle la parte que requiere.

Ante esta problemática, se pueden tomar medidas para ayudar a los adultos mayores en el trabajo informal, tales como mayor acceso a subsidios y pensiones, la creación de espacios laborales accesibles, el apoyo de la comunidad y la concienciación social. El trabajo informal en adultos mayores es un reflejo de una deuda social que aún tenemos pendiente. En Buga, estas personas son parte del paisaje urbano, pero ¿realmente las vemos? No podemos seguir ignorando su situación. La vejez debería ser sinónimo de descanso y bienestar, no de lucha y supervivencia en las calles. Como ciudadanos, podemos empezar con pequeñas acciones: escucharlos, apoyarlos y exigir políticas públicas que les brinden una mejor calidad de vida. Porque un país que olvida a sus mayores olvida su propia historia.

Se pueden identificar violaciones a varias generaciones de derechos humanos, en primer lugar, dentro de la primera generación de derechos (Derechos Civiles y Políticos), se observa la vulneración del derecho a la igualdad y no discriminación, como en el caso de la vendedora de chocolate y agua de panela, quien enfrenta discriminación por su nacionalidad. Asimismo, el derecho a la seguridad personal se ve comprometido en el caso del mototaxista, ya que la falta de regulación y protección legal lo expone a riesgos diarios sin respaldo.

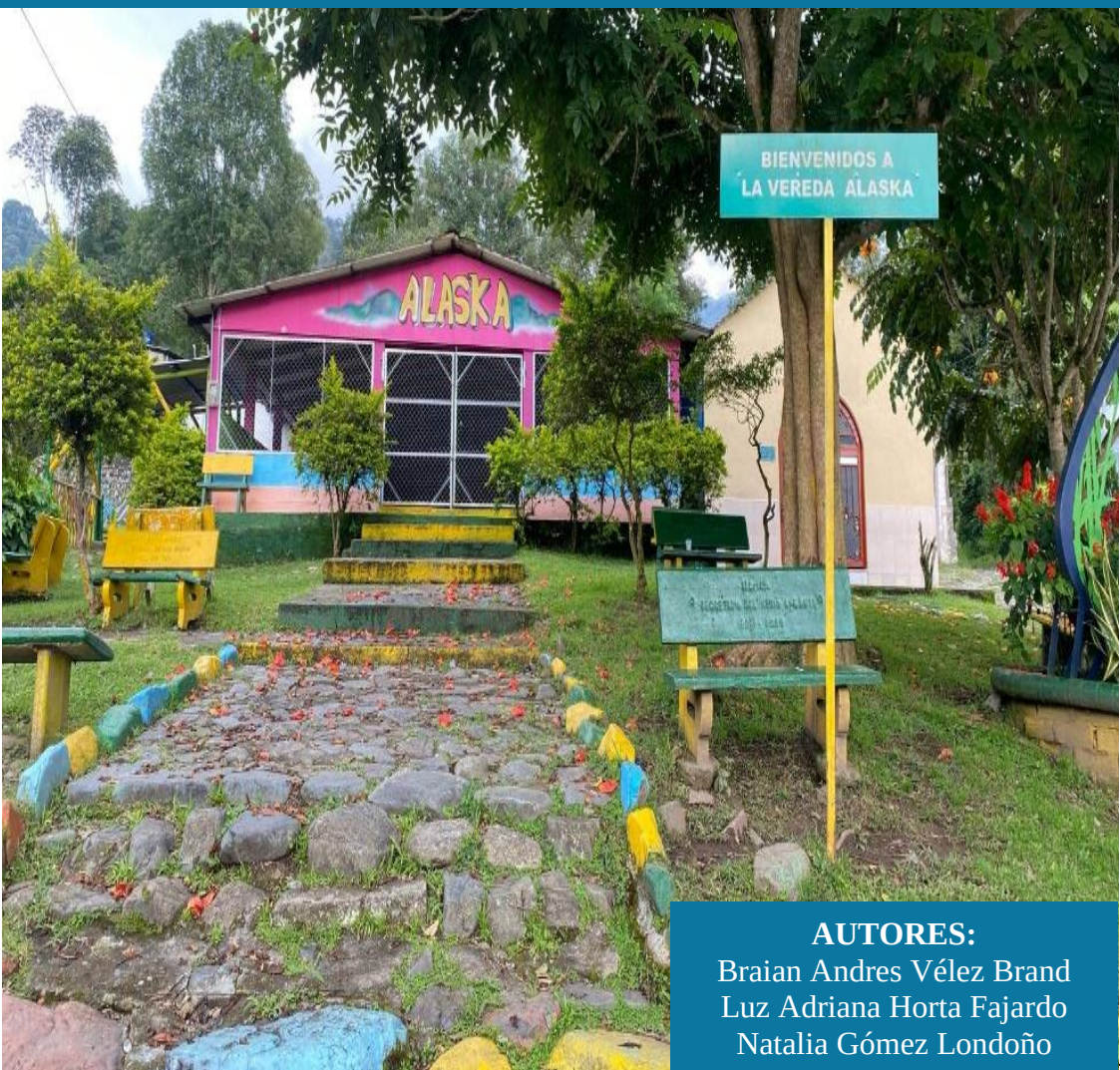
Por otro lado, en lo que respecta a la segunda generación de derechos (Derechos Económicos, Sociales y Culturales), se evidencia la transgresión del derecho al trabajo digno, dado que todos los casos reflejan condiciones laborales precarias, sin contratos ni garantías laborales.

Del mismo modo, el derecho a la seguridad social se ve afectado, ya que ninguno de los trabajadores informales tiene acceso a pensión, salud o prestaciones sociales. A esto se suma la vulneración del derecho a una vivienda adecuada, como se observa en la situación del artista urbano, cuya precariedad habitacional impide su acceso a una alimentación digna. Además, la falta de acceso a educación formal ha limitado significativamente las oportunidades laborales de muchas de estas personas, lo que refleja una clara violación del derecho a la educación.

Finalmente, dentro de la tercera generación de derechos (Derechos de los Pueblos y de Solidaridad), se constata la vulneración del derecho al desarrollo y a la justicia social, ya que la falta de oportunidades y el abandono del Estado evidencian la ausencia de políticas inclusivas para estos sectores vulnerables. Igualmente, la informalidad extrema impide que estas personas disfruten de un nivel de vida adecuado, lo que supone una transgresión del derecho a la paz y a una vida digna.

En conclusión, estas historias evidencian una violación sistemática de derechos que afecta especialmente a los trabajadores informales y adultos mayores, lo que refuerza la urgencia de implementar políticas públicas inclusivas que garanticen la protección y el bienestar de estos grupos.

EL IMPACTO DE LA MASACRE DE LA ALASKA Y LA VIOLACIÓN DE DERECHOS FUNDAMENTALES EN LA REGIÓN DE MAGDALENA



AUTORES:

Braian Andres Vélez Brand
Luz Adriana Horta Fajardo
Natalia Gómez Londoño

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga



"La masacre de Alaska: Una herida abierta en el corazón del Valle del Cauca"

El 10 de octubre de 2001, en las montañas de Guadalajara de Buga, ocurrió un hecho que nos dejó a todos una profunda pena y una gran huella de tristeza en lo corazones de todos los habitantes y comunidades aledañas de la vereda de la Alaska, Veinticuatro campesinos, hombres humildes que solo buscaban trabajar la tierra y sacar sus familias adelante con el sudor de su frente, con su duro trabajo y honesto trabajo, se les fue arrebatado, arrancado y atravesado sus vidas de la manera más cruel e infame, estos veinticuatro campesinos fueron asesinados a bala por el Bloque Calima de las AUC. Pero esta no fue solo una masacre: fue el reflejo de un estado ausente, de un gobierno que miraba hacia otro lado mientras sus ciudadanos eran masacrados.

Las mujeres y los niños, encerrados bajo amenazas, escucharon los gritos de sus esposos, padres y hermanos. ¿Dónde estaba la Policía? ¿Dónde estaba el Ejército? Sabían que los paramilitares estaban ahí, rondando como sombras siniestras, y, aun así, nadie los detuvo. **El artículo 11** de la Constitución Política de Colombia, que consagra el derecho a la vida como inviolable, fue pisoteado. **El artículo 28**, que protege la libertad personal, se quebró cuando esos hombres fueron reunidos a la fuerza y sus familias encerradas como rehenes. Y **el artículo 29**, que garantiza el derecho al debido proceso y a la presunción de inocencia, se convirtió en papel mojado cuando los asesinos actuaron como juez y verdugo como si el estado fuera de ellos.

Pero lo más cruel vino después: la impunidad. El Estado, en vez de abrazar a los sobrevivientes, los abandonó. **El artículo 2** que son los fines esenciales del estado que obliga a las autoridades a proteger los derechos de todos los colombianos, fue ignorado, vulnerado y pisoteado **El artículo 22**, que exige paz como derecho y deber, se burló mientras las viudas lloraban sin justicia.

Y mientras tanto, el poder político seguía girando, indiferente. ¿Cuántas masacres más hacen falta para que Colombia despierte? ¿Cuántas lágrimas deben caer antes de que los gobernantes entiendan que su deber es proteger, y no abandonar? Cuantas familias deben quedar destrozadas, solas, llevando el dolor en sus almas, por la falta de un respaldo, por la falta de un estado indolente que decidió abandonar, que decidió olvidar a los rinconcitos más pequeños, esos rinconcitos llamados pueblos y veredas que solo desbordan felicidad, alimento, cultura y un entrañable calor humano, ya que te hacen sentir como familia cuando llegas a estos lugares ¿O quien no ha sentido el acogedor momento de sentirse parte de una familia que no es nuestra? ¿Quién no se ha sentido libre al respirar el aire puro que existes en estas veredas, alejadas del ruido y el caos de la ciudad? ¿O quien no ha disfrutado de un paseo de olla al río con la familia, donde la única preocupación es que el sancocho no se derrame? Esto es lo La Policía, el Ejército, las instituciones que deberían velar por nuestra seguridad olvidan, esto es lo que ocasiona que los habitantes de bellos lugares tengan que dejar a un lado sus alegres fiestas, sus momentos cálidos y cambiarlos por el terror, el dolor, lágrimas y sangre, el olvido de un gobierno, es lo que ocasiona estas grandes heridas en los habitantes de las veredas; veredas como, Alaska, la Habana y Magdalena siguen cargando una cruz de miedo, sus paredes gritan misericordia, las calles gritan misericordia condenamos a estar en un silencio sepulcral, condenamos a sentir que son mirados por encima del hombro, mientras la que los habitante de la vereda cargan consigo tristeza y amargura.

Esta es la Colombia que duele: la de los campesinos olvidados, la de las víctimas sin justicia, la de un país que clama paz, pero sigue gobernado por la indiferencia. **Alaska no es solo un nombre en un mapa: es un grito ahogado de un pueblo que exige que nunca más se repita la barbarie.** ¿Estamos escuchando?

"Este paisaje, hoy sereno y lleno de vida, guarda en su tierra el eco de un dolor que el tiempo no borra. Aquí, donde ahora crece la esperanza, alguna vez floreció la barbarie."



Las voces de Alaska no se han apagado. Aún susurran entre los árboles, en las paredes de las casas viejas, en los caminos polvorientos que un día se mancharon de sangre. alguien que lo vivió lo cuenta con la voz quebrada, como si el tiempo no hubiera cicatrizado la herida. Esta es la conversación que desentierra la memoria.

ENTREVISTADOR: Buenos días, gracias por aceptar esta pequeña entrevista. Le había preguntado a su hijo ante la masacre de La Magdalena de Guadalajara de Buga y me comentó que usted sabía del tema. ¿podrías contarme cómo comenzó todo o que sabes del tema de la masacre de la magdalena?

ENTREVISTADO: Ay, mijo... escuchar esas cosas... se le aprieta a uno el corazón. Octubre de 2001... La Magdalena... uno no olvida esas fechas, esas tristezas que le marcan la vida a un pueblo.

Mire, esos días se sentía una cosa rara en el ambiente. Como si la montaña estuviera pariendo una tormenta. Se decían tantas cosas... que unos hombres extraños andaban por ahí, bajando y subiendo, como sombras. La gente murmuraba que venían de Buenos Aires y que allá ya habían dejado su rastro de dolor.

Yo por esos días vendía mi quesito, con el sudor de la frente. Un día, llegaron hasta Alaska. Al principio, parecían gente normal, ¿sabe? Había un palo de mandarinas bien cargadito, y uno de ellos me dijo con una tranquilidad... "Doña, ¿nos va a dar mandarinas?". Yo tenía mi letrero de "Quesos" ahí afuera, humilde. Me preguntaron el precio, les dije que a tres mil quinientos. Les pareció caro, pero igual me pidieron cuatro. "Ahora le pagamos, doña", me dijeron... pero esa plata nunca llegó.

ENTREVISTADOR: ¿Cómo era la relación con ellos? ¿Notaste algo extraño?

ENTREVISTADO: ¿La relación con ellos? Mijo... no era relación. Era miedo. Ya habían venido como dos meses antes. Se llevaron gallinas, provisiones, todo lo que podían cargar. Se iban pa' Buenos Aires y luego volvían, como si nada. A las señoras les decían sin vergüenza: "Cójame unas siete gallinas, pero de las buenas". No pedían permiso, solo quitaban. Llegaban con carritos, camionetas... hasta un camión alcanzaron a llenar de lo ajeno. A una pobre señora le arrebataron unos pollos de la camioneta, y uno se cayó al suelo. Uno de esos hombres, sin pestañear, dijo: "Matemos a ese hpta". Uno ahí viendo todo, sin entender bien la maldad que se estaba cocinando. Al otro día, con mi esposo, agarramos camino pa' donde mi hermana en Palmira. El susto nos caló hondo, mijo. Con tanto rumor y viendo esa barbaridad, no dudamos en irnos.

ENTREVISTADOR: ¿Qué sabes del día de la masacre? ¿Cómo comenzó todo?

ENTREVISTADO: Del día de la masacre... uff... eso es un nudo en la garganta. Me acuerdo de un muchacho, tenía un apodo, pero la memoria a veces juega esas pasadas... Él nos contó que andaba cortando caña, como tantos otros. De repente, vio bajar a unos compañeros por la carretera. En ese tiempo, mijo, la guerrilla, el ejército, los paramilitares... todos vestían casi igual. Uno no sabía quién era quién. Él siguió en lo suyo, cortando la caña. Pero luego, dos de esos hombres se devolvieron, y un niño, inocente él, los señaló: "Bajen ustedes también". Bajaron, pensando que era una reunión allá en Alaska...

ENTREVISTADOR: ¿Qué pasó luego?

ENTREVISTADO: Ay, Dios... Les dijeron que dejaran los machetes, sus herramientas de trabajo, y los mandaron solos por la carretera. Los juntaron a todos: niños, mujeres, hombres... Él se sentó a esperar esa supuesta reunión. Y al rato... se escucharon los disparos. Unos tiros secos, luego una balacera más larga, como si el mismo infierno se hubiera desatado. No recuerdo bien si fue en ese momento, pero ahí mataron a Otoniel, un muchacho conocido, y a muchos más. Los que hicieron eso... los paramilitares, dijeron: "Somos autodefensas del Bloque Calima, y esto es zona de guerrilla". Me acuerdo de que el muchacho contó que los habían separado en dos grupos de ocho.

ENTREVISTADOR: ¿y cómo logró sobrevivir el muchacho?

ENTREVISTADO: Milagro de Dios, hijo. Él contó que les gritaron que se tiraran al suelo. Él obedeció, se tiró y se arrastró como pudo, hasta que cayó por un abismo. Y de ahí corrió, monte adentro, con el corazón latándole a mil. Y detrás... se escuchaba la balacera, los gritos de los niños... ¡Ay, qué dolor!

ENTREVISTADOR: ¿Qué pasó después de la masacre?, ¿sabes?

ENTREVISTADO: Después de esa tragedia... sé que ese muchacho se fue pa' Cali, a tratar de olvidar, a vivir dos años con esa sombra encima. Luego, la Fiscalía lo llamó, porque él era un sobreviviente, un testigo de esa barbarie. Y recuerdo que él contaba con una tristeza... que el gobierno no lo ayudó. Que, porque no tenía heridas graves, que porque no había quedado "loco"... Así de cruel es a veces la vida, hijo. A uno le arrebatan el alma y le dicen que no pasó nada grave.

Después de escuchar este testimonio tan doloroso queda al descubierto, con una crudeza que estremece, la fragilidad de la de la población civil ante la violencia despiadada de los grupos armados. La historia de esta humilde vendedora de queso y del joven sobreviviente nos pinta un cuadro desolador de una época donde el miedo era el pan de cada día y la ley parecía ausente, dejando a la merced de los violentos a comunidades enteras como La Magdalena.

Se evidencia la impunidad con la que actuaban estos grupos, apropiándose de lo ajeno, sembrando terror y finalmente segando vidas sin ningún remordimiento. La confusión entre los uniformes solo subraya la desorientación y el caos que vivía la gente, sin saber a quién temer más.

Pero quizás lo más triste y lo que más me cala es la indiferencia del Estado hacia las víctimas. El testimonio del sobreviviente, buscando justicia y apoyo, y encontrándose con la frialdad burocrática que solo reconoce el dolor físico extremo o la "locura", nos habla de una deuda histórica con aquellos que sufrieron en carne propia la violencia.

Esta entrevista no es solo un relato del pasado; es un llamado a la memoria para que no olvidemos las atrocidades cometidas y para que trabajemos incansablemente por construir una paz verdadera, con justicia y reparación para todas las víctimas. Nos recuerda la importancia de escuchar las voces de los que sufrieron y de no permitir que su dolor quede silenciado o minimizado.

RECONOCIMIENTO A SUS VÍCTIMAS

La vereda Alaska, este pequeño rincón de Colombia que quedo marcado por la violencia, pero también por la resistencia y la esperanza. Cada año, el 10 de octubre, la comunidad se reúne para recordar y honrar a las víctimas de una masacre que dejó huellas imborrables en sus corazones. Con lágrimas, oraciones y recuerdos, la gente de Alaska revive la historia de sus seres queridos, no para revivir el dolor, sino para mantener viva la llama de la memoria y la justicia. En este día, la naturaleza calla y llora para escuchar el susurro de los recuerdos, y el viento lleva el eco de las voces que claman por paz y reconciliación. Es un momento para reflexionar sobre el pasado, pero también para mirar hacia el futuro con la certeza de que, juntos, pueden sanar las heridas del tiempo.

Aquí mencionaremos a las 24 víctimas a las cuales se les conmemora cada año, orando para que sus almas estén en paz y tranquilidad.

1. Mario Cardona: Quien era administrador de Balnearios de la zona
2. Avelino Sánchez: Quien era el vigilante del colegio agropecuario.
3. Edward Puerta Cardona: Quien era ayudante de una camioneta
4. Álvaro Mejía Agudelo: Quien era un humilde panadero de la región.
5. Jairo Valbuena: Quien trabajaba en aguas de buga.
6. Jesús Ortiz Valencia: Quien era un artesano de la región
7. Ferney Guerrero: Quien era el carnicero de la región
8. Henry Mosquera Valencia: Quien era un tendero de la zona
9. Otoniel Luján Rueda: Quien era un agricultor de la zona
10. Jair Ávila: Quien era un agricultor de la región
11. Avisaid Torres Torres: Quien era un adulto Mayor, pensionado y camionero en la vereda
12. Fernando León Santa: Quien era fontanero de la zona
13. Balbino Pérez: Quien era un humilde tendero
14. Luis Octavio Vélez Quien era agricultor en la zona
15. John Freddy Franco: Quien era un estudiante del SENA

16. Daniel Lizarazo: Quien era un agricultor de la zona
17. Edilberto Calvo Moya: Quien era un cortero de caña
18. Fernando Calvo Moya: Quien era un cortero de caña
19. Jhon Freddy Kennedy: Quien era un agricultor de la zona
20. T Jhon Hennedy Pereira: Quien era agricultor de la zona
21. Jhon Alexander Giraldo: Quien trabajaba en oficios varios
22. Lázaro Antonio Rubiano: Quien era Agricultor de la zona
23. Luis Antonio Moya: Quien era Agricultor de la zona
24. Luis Hernando Suaza: Quien era un extranjero que llevo a vivir a la zona

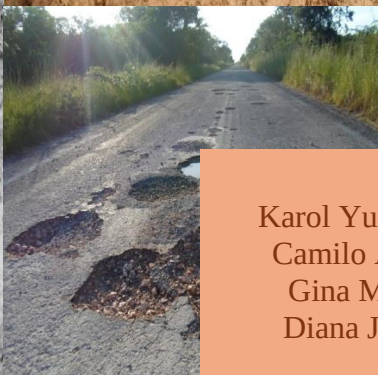
Con cada oración, con cada lágrima y con cada recuerdo, los habitantes de Alaska les dicen a estas 24 personas que no los olvidan. Su legado vive en ellos, en la forma en que se unen para recordarlos, en la forma en que se apoyan mutuamente y en la forma en que siguen adelante con la certeza de que sus memorias los hace más fuertes, cada año con eucaristías, velas, faroles, una procesión, cantos y alabanzas, la vereda de Alaska recuerdan a sus valientes campesinos, quien fueron masacrados a manos del Bloque Calima de las AUC.

Solo dolor y tristeza es lo que pudieron tener las personas de la vereda de Alaska y sus vecinos por más de 10 años en su corazón, vivir recordando día a día el hecho infame que tuvieron que vivir, en el que se dejó tantas familias destrozadas, tantas mujeres viudas, tantos hijos sin padres, tantos padres y madres sin hijos, tantas familias marcadas por el sufrimiento, tantas montañas machadas de sangre y tanto sufrimiento en un lugar tan hermoso, lleno de nostalgias, lleno de luchas, lleno de trabajos. Es así como en estos procesos de paz es supremamente importante tener en cuenta que, la paz se construye a través del corazón, a través del respeto y especial del perdón y el olvido que muchas de estas personas prefieren olvidar.

Estos procesos no solo buscan poner fin a la violencia, sino también promover la justicia, la verdad y la reparación para las víctimas. A través de la implementación del Acuerdo de Paz, Colombia ha avanzado hacia la construcción de una sociedad más justa y equitativa, donde la memoria de las víctimas de Alaska y de otros lugares del país sea honrada a través de la Comisión de la Verdad y la Jurisdicción Especial para la Paz. Estos esfuerzos no solo ayudan a sanar las heridas del pasado, sino que también fortalecen la convivencia pacífica y la participación ciudadana, asegurando que tragedias como la de Alaska no se repitan en el futuro.



BUGA Y MEDIACANOA: LA TIERRA PROMETIDA PERO SOLO PARA LOS PROBLEMAS



AUTORES:

Karol Yulieth Benavidez Valencia
Camilo Antonio Pardo Londoño
Gina Marcela Urreste Lozano
Diana Jisset Gallego González

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga



INTRODUCCIÓN

El Valle del Cauca carga sobre sus hombros el peso de un conflicto que, aunque terminó en el papel, sigue vivo en el abandono de territorios como Yotoco y Buga. Aquí, las "políticas de posconflicto" parecen más un saludo a la bandera que un plan serio. Mientras los funcionarios se llenan la boca hablando de "paz territorial", en Mediacanoa los niños siguen respirando el polvo de una vía que parece pista de motocross, y en Buga los pacientes del hospital esperan horas para ser atendidos por médicos exhaustos y mal pagados. ¿Esto es construir paz? ¿O es simplemente maquillar la realidad con discursos bonitos y fotos para la prensa?

Las víctimas, esas que aparecen en los informes, pero nunca en los presupuestos, siguen esperando que les cumplan lo prometido: tierras cultivables, empleos dignos, acceso a salud y educación. Pero lo que reciben son migajas: casas sin servicios básicos, talleres de emprendimiento sin seguimiento, y programas de reintegración que desaparecen después del acto inaugural. ¿Dónde están los resultados? ¿En qué se gastan los recursos que llegan desde Bogotá?



"Dicen que la educación es la clave del futuro... pero parece que al presupuesto se le olvidó dónde guardaron la llave."

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga

El Teatro del Posconflicto en el Valle del Cauca: Cuando los Discursos Chocan con la Realidad en Buga y Yotoco

En el escenario del posconflicto colombiano, los municipios de Buga y Yotoco representan esa triste comedia donde los actores políticos recitan monólogos sobre paz y reconciliación, mientras las comunidades hacen el papel de espectadores frustrados, aplaudiendo con las orejas. La situación es tan absurda que, si no fuera por el dolor real de la gente, daría risa.

En Buga, la administración municipal parece haberse especializado en el arte de la prestidigitación financiera. ¿Cómo si no explicar que, con 9 mil millones destinados al catastro, nadie pueda explicar claramente cómo se calculan los nuevos impuestos prediales? Es como ese truco de magia donde el conejo desaparece del sombrero, solo que aquí lo que desaparece es la transparencia y el dinero público. Mientras tanto, los estratos 1 y 2 ven cómo sus obligaciones fiscales crecen más que la espuma de un guarapo, pasando de pagar 300 mil pesos a sumas que requieren hipotecar el alma.



"En este país, enfermarse es gratis... lo costoso es intentar curarse."

El sistema de salud local se ha convertido en un perfecto ejemplo de realismo mágico. Los trabajadores del hospital, esos mismos héroes de bata blanca que sobrevivieron a la pandemia, ahora deben hacer malabares para sobrevivir a la precarización laboral. Las agremiaciones denuncian cambios contractuales que violan abiertamente el artículo 48 de la Constitución, pero parece que en Buga la Carta Magna es más una sugerencia que un mandato. El resultado: un servicio de salud que enfermería al más sano.

En el ámbito educativo, el panorama es tan desolador como un salón de clase en vacaciones. El cierre del Colegio Municipal del Deporte y la incertidumbre sobre el San Vicente demuestran una particular visión de la educación: si no hay estudiantes, no hay problemas. La deserción escolar alcanza niveles que harían ruborizar a cualquier sociedad civilizada, mientras las autoridades educativas parecen más pérdidas que estudiantes en el examen de cálculo. El centro histórico de Buga, ese que debería ser orgullo nacional, se cae a pedazos con la complicidad de quienes deberían protegerlo. El artículo 72 de la Constitución sobre protección patrimonial brilla por su ausencia, como esos faroles coloniales que ya no alumbran las calles. Y mientras el patrimonio arquitectónico se desmorona, las tarifas de servicios públicos suben con más ímpetu que el río Cauca en invierno, especialmente desde que la PTAR entró en funcionamiento con una contabilidad más opaca que tinto de estación.

La movilidad urbana es otro capítulo de esta tragicomedia. Los agentes de tránsito parecen haberse especializado en la "pedagogía del comparendo", donde la educación vial se reduce a multas y más multas. El civismo, ese valor tan cacareado en los discursos oficiales, brilla por su ausencia en las calles llenas de huecos que más parecen cráteres lunares que vías urbanas.

En Yotoco, específicamente en Mediacanoa, el drama es igual de intenso, pero con sabor a campo. La vía Mediacanoa-Darién veredal es el eterno proyecto inconcluso, la obra que todos prometen, pero nadie ejecuta. En verano es un desierto polvoriento, en invierno un lodazal intransitable. Los presupuestos para su pavimentación aparecen y desaparecen con más frecuencia que los políticos en época electoral.



“Menos mal estudiar no es una prueba de supervivencia... solo hay que ir por caminos intransitables, escuelas inundadas y promesas rotas.”

Las familias reubicadas por las inundaciones del Cauca son el vivo ejemplo de cómo no se debe manejar una crisis humanitaria. Les dieron casas, sí, pero se olvidaron de darles una vida digna. Sin empleo, sin servicios básicos garantizados, sin oportunidades reales, estas personas pasaron de vivir en zona de riesgo a vivir en zona de olvido. El artículo 188 de la Constitución, que habla del bienestar general, suena aquí a burla cruel. Los servicios básicos en Mediacanoa son tan básicos que casi no existen. Agua potable que llega cuando quiere, energía eléctrica que falla más que celular en zona rural, y un sistema de saneamiento que parece diseñado por un estudiante de primer semestre.

Mientras tanto, la contaminación de la vía sin pavimentar afecta la salud de la gente, demostrando que en Colombia el derecho a un medio ambiente sano (artículo 333) a veces es sólo letra muerta. La infraestructura deportiva y cultural de ambos municipios está tan abandonada que da pena ajena. Escenarios que deberían ser semilleros de talento hoy son almacenes de recuerdos tristes. La Galería Central y Satélite de Buga, otrora centros de actividad comercial hoy son monumentos al abandono estatal, donde los comerciantes sobreviven más por terquedad que por apoyo oficial.

El tema de seguridad es otro capítulo negro en esta historia. La delincuencia campa a sus anchas mientras las autoridades parecen más ocupadas en llenar formularios que en prevenir crímenes. El resultado es una población que vive entre la desesperación y la resignación, viendo cómo sus derechos fundamentales se esfuman como el humo de los incendios forestales.

Los programas de reintegración y paz, supuestos buques insignia del posconflicto, navegan sin rumbo claro en estos territorios. Talleres que no llevan a nada, capacitaciones sin seguimiento, proyectos que nacen muertos. Mientras tanto, los excombatientes y víctimas miran con escepticismo creciente cómo las promesas de reconciliación se diluyen en la maraña burocrática.

La participación ciudadana, ese pilar de la democracia, se reduce aquí a trámites engorrosos y audiencias públicas donde las decisiones ya están tomadas. Las veedurías ciudadanas chocan contra el muro de la indiferencia oficial, y las propuestas comunitarias duermen el sueño de los justos en archivos polvorientos.

La actual administración de Buga heredó una deuda de 20.000 millones, pero parece haber aprendido muy bien el arte de administrar el déficit. Gastaron 2.000 millones en comprar un colegio que ahora no saben cómo mantener, 6.000 millones en reparar vías que siguen destruidas, y 1.000 millones en escenarios deportivos que hoy son fantasmas de cemento. Pero el premio mayor se lo lleva el catastrófico manejo del catastro, con esos 9.000 millones que desaparecieron sin dejar rastro, como lágrima en lluvia.



**"Tranquilos, que el presupuesto sí se distribuye equitativamente...
entre los mismos de siempre."**

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga

En medio de este panorama desolador, lo más triste es ver cómo se desperdicia el potencial de estas regiones. Buga, con su riqueza histórica y cultural, podría ser un modelo de desarrollo territorial. Yotoco, con sus tierras fértiles y gente trabajadora, podría ser ejemplo de reconciliación productiva. Pero entre la ineptitud administrativa, la corrupción solapada y la falta de visión, lo único que florece es el desencanto.

El posconflicto en estos municipios parece haberse reducido a una serie de checklists burocráticos:

- Talleres realizados (✓)
- Informes presentados (✓)
- Fotos para la prensa (✓)

Pero en lo sustancial, en eso que realmente importa -mejorar vidas, construir equidad, garantizar derechos- el balance es más pobre que mendigo en huelga.

Si queremos paz, construyan soluciones...



**"Porque claro, las
soluciones caen del
cielo... o del
presupuesto nacional, si
es que algún día llega"**

Soluciones con “güevos” para Buga

¡Ya basta de tanta mamera! Primero, que al hospital le metan plata de verdad, no esos parches mediocres. Que contraten médicos con salarios dignos, no con esas basuras de contratos por prestación de servicios que lo único que prestan es rabia. Y que los equipos los traigan nuevos, no esos aparatos viejos que parecen sacados de un museo de la guerra. ¡El derecho a la salud no es un chiste!

Segundo, que le paren bolas a la educación. Reabrir el Colegio del Deporte y asegurar el San Vicente, pero de verdad, no con esos parches de "estamos viendo". Que inviertan en infraestructura, en profesores bien pagos y en programas que sirvan, no en esos talleres de relleno que solo sirven para justificar plata. ¡Los muchachos necesitan estudiar, no ser mendigos de oportunidades!

Tercero, transparencia de una buena vez. Que expliquen con lujo de detalles en qué se gastaron los 9 mil millones del catastro, que no vengan con ese cuento de "es que el sistema no da". Y que bajen esos impuestos absurdos, porque cómo carajos una familia humilde va a pagar 2 millones de predial. ¡Eso es robo disfrazado!

Y, por último, seguridad. Que la Policía deje de estar escondida y se ponga las pilas, que los delincuentes están más sueltos que gallina en patio ajeno. Más patrullas, más cámaras y menos discursos. ¡Que se note que hay autoridad!

Soluciones con sabor a montaña para Yotoco

Lo primero es esa maldita vía Mediacanoa-Darién zona rural. ¡Ya déjense de pendejadas y la pavimentan de una vez! No es posible que llevemos décadas comiendo polvo y lodo. Que la Gobernación y la Alcaldía dejen de echarse la pelota y pongan la plata, que para eso están. Si no, toca cerrarles las vías a ellos a ver cómo les gusta viajar por ahí.

Segundo, a las familias reubicadas hay que darles trabajo, no solo casas. Que el SENA llegue con cursos útiles, no con esas vainas de "emprendimiento" que no sirven para nada. Que les den créditos blandos, acompañamiento real y mercados mientras salen adelante. ¡No es solo dar techo, es dar futuro!

Tercero, servicios básicos YA. Agua potable que llegue todos los días, energía que no se vaya cada rato y un puesto de salud que funcione, no ese cuartucho que parece más bien un consultorio de brujería. ¡Eso no es pedir mucho, es pedir lo mínimo!

Y, por último, que dejen de robarse la plata. Que cada peso que llegue para Mediacanoa se vea reflejado en obras, no en los bolsillos de los mismos vivos de siempre. Si no, toca organizar la turba y correr a esos inoperantes ¡Aquí el que no trabaja, que no estorbe!

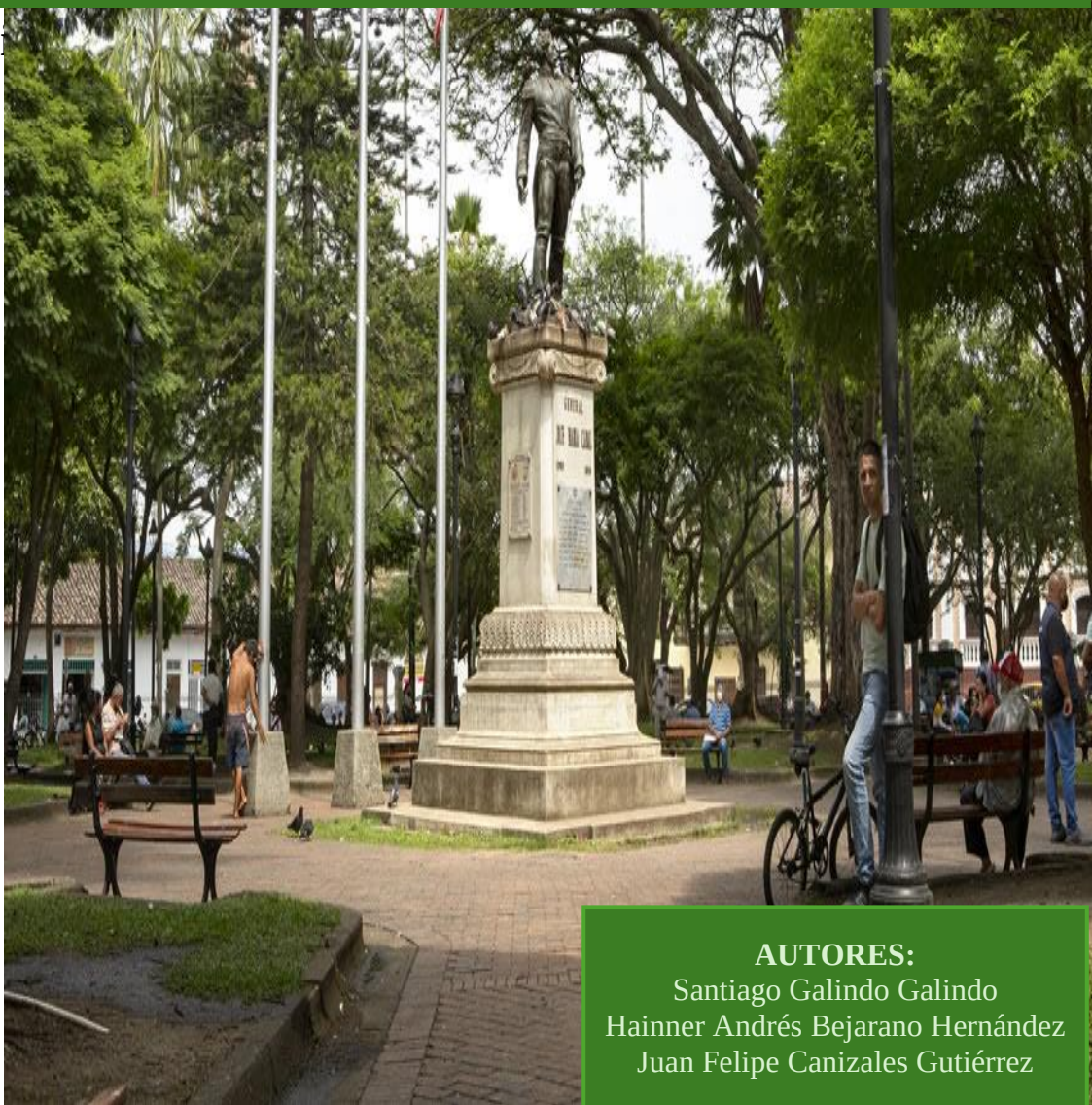


**"Qué
tranquilidad
saber que
tenemos derechos
fundamentales...
lástima que
ejercerlos siga
siendo un lujo."**

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga

PARQUE CABAL: DE SÍMBOLO DE ESTATUS A REFUGIO DE LOS INVISIBLES



AUTORES:

Santiago Galindo Galindo
Hainner Andrés Bejarano Hernández
Juan Felipe Canizales Gutiérrez

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga



De símbolo de estatus a refugio de los invisibles

El Parque Cabal, que antaño se conocía como la Plaza Mayor y posteriormente fue rebautizado en honor al ilustre José María Cabal Barona, ha sido durante siglos el epicentro de la ciudad. Desde su fundación en 1576, este espacio ha sido testigo de eventos históricos significativos, actuando como un punto de encuentro para celebraciones cívicas y religiosas, un mercado público e incluso un refugio en momentos de tragedia, como el terremoto de 1766. Su arquitectura, inspirada en fuentes europeas y diseñada por Don Enrique Figueroa Fernández, cimentó su papel como símbolo de la ciudad y atractivo turístico de gran relevancia.

Sin embargo, hoy día, el Parque Cabal enfrenta una serie de desafíos que han transformado drásticamente su imagen y, más crucial aún, la vida de las personas que lo rodean. Lo que alguna vez fue un lugar de encuentro para familias, amigos y visitantes, ahora refleja una realidad social dolorosa que afecta tanto a los que transitan por sus senderos como a aquellos que han terminado estableciendo su hogar en sus alrededores.

Uno de los problemas más evidentes es la notable presencia de personas en situación de calle. Tras cada rostro que ha hallado refugio en el parque se oculta una historia de pérdida, abandono y desesperanza. Individuos que alguna vez gozaron de un hogar, un empleo o una familia, ahora deben afrontar el frío de la noche y la indiferencia de la sociedad. El parque, que antes congregaba a la comunidad en festividades, se ha convertido en un testigo mudo del sufrimiento de quienes no tienen un lugar al que llamar hogar. La falta de oportunidades, el desempleo y la pobreza estructural los han empujado a vivir al margen de la sociedad.

A este panorama se añaden la prostitución y el microtráfico, fenómenos que, además de ser delitos, revelan una problemática humana más profunda. Muchas de las personas implicadas en estas actividades son víctimas de circunstancias extremas. Jóvenes que, al no tener acceso a educación o al apoyo familiar, caen en las redes de explotación; individuos que recurren a las drogas como un medio de escape ante una realidad que se les torna insoportable.

Son seres humanos cuyas vidas se han desmoronado en las mismas calles donde antes tenían lugar celebraciones y eventos comunitarios.

Esta situación no solo ha convertido al parque en un lugar que turistas y ciudadanos evitan, sino que también ha minado el sentido de comunidad. Las familias que solían pasar las tardes allí sienten ahora temor de acercarse. Los niños que solían correr por sus senderos de ladrillo ya no están. Los comerciantes de los alrededores ven cómo sus negocios se desploman, mientras la empatía y la esperanza parecen desvanecerse junto con la vitalidad que en un tiempo caracterizó este emblemático lugar.

La recuperación del Parque Cabal trasciende la mera restauración física de sus instalaciones. Es fundamental abordar la delicada crisis humana que se experimenta en sus alrededores. Para ello, son vitales los programas de reintegración social, el apoyo psicológico, el acceso a empleo digno y una educación adecuada, que ofrezcan a estas personas la oportunidad de reconstruir sus vidas. Si bien la presencia policial es necesaria para asegurar la seguridad del lugar, esta debe complementarse con una estrategia social que se enfoque en la raíz del problema, en lugar de limitarse a atender sus manifestaciones más evidentes.

El Parque Cabal representa algo más que un espacio físico; es un espejo de la sociedad que lo envuelve. Su deterioro nos recuerda que detrás de cada problema urbano existen rostros, nombres y vidas que merecen ser vistas y apoyadas. Rescatar el parque equivale a rescatar también la dignidad y la esperanza de quienes, por diversas razones, han encontrado en él su hogar.

Del esplendor colonial al olvido moderno: la decadencia de un símbolo

Antes, la iglesia se alzaba majestuosa, rodeada de calles empedradas, caballos y un aire de solemnidad que inspiraba respeto. Su torre dominaba un pueblo en crecimiento, donde la fe y la tradición guiaban la vida cotidiana. Cada adobe parecía contar una historia, y el tiempo avanzaba con dignidad, dejando una estampa de orden y belleza.



Hoy, el mismo lugar parece atrapado en un ocaso eterno. La iglesia sigue en pie, pero ahora es asfixiada por cables eléctricos que rayan el cielo como cicatrices del descuido. Lo que antes eran calles de historia, ahora son pavimento sin alma. La quietud del pasado ha sido reemplazada por el ruido.

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga



Cuando el progreso iluminaba el Parque Cabal



Parque Cabal y al fondo se ve el Palacio de Justicia

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga

Hubo una época en que el Parque Cabal no solo era el corazón de la ciudad, sino también el símbolo del avance y la modernidad. La imagen lo dice todo: los autos alineados con elegancia, la arquitectura impecable del Palacio de Justicia al fondo, y sobre todo, el cableado eléctrico, un orgullo urbano que marcaba el progreso de una sociedad en ascenso.

En aquel entonces, tener alumbrado público y una red eléctrica visible no era sinónimo de desorden, sino de civilización. Cada poste y cada cable representaban un paso hacia el futuro, un testimonio de que la ciudad se modernizaba al ritmo de las grandes capitales. La vida giraba en torno a este parque, donde la gente se reunía con confianza, donde la noche no traía peligro, sino encuentros y conversaciones bajo la luz eléctrica.

Hoy, la historia es otra. Lo que en su momento fue muestra de desarrollo, ahora es solo un vestigio olvidado. Los cables ya no anuncian prosperidad, sino descuido; el parque, antes vibrante, ahora se sumerge en el abandono. El progreso que una vez brilló aquí parece haberse apagado, dejando solo sombras de lo que fue.

La Actualidad del parque

En el centro del parque, la estatua de un prócer se yergue silenciosa, cagada por las palomas, testigo de siglos de historia. A su lado, tres mástiles se alzan: dos vacíos y uno ondeando la bandera de Buga, como recordatorio de una identidad que persiste. Alrededor, bancas (poner nombre) de hierro forjado acogen a vecinos que conversan, leen o simplemente descansan bajo la sombra de los árboles.

Entre ellos, una persona en situación de calle reposa cerca de la base de la estatua, su presencia discreta pero innegable. No interrumpe el flujo del lugar, pero invita a reflexionar: este espacio, que alguna vez fue escenario de celebraciones, hoy también es refugio para quienes la ciudad ha dejado al margen.



El parque no ha perdido su esencia; sigue siendo punto de encuentro, pero ahora muestra las dos caras de una misma moneda: el orgullo histórico y las urgencias sociales que conviven en sus senderos. Las bancas llenas demuestran que la vida comunitaria persiste, incluso cuando el tiempo ha cambiado los detalles de la fotografía.

Parque Cabal en sus días de esplendor: Una postal del pasado.

La foto histórica captura el Parque Cabal en una época de elegancia y celebración. Carrozas adornadas con guirnaldas y detalles ornamentales desfilan frente al imponente Palacio de Justicia, cuyas columnas y frontones están engalanados para la ocasión. Caballos con arneses brillantes avanzan con paso solemne, mientras hombres de traje y mujeres con vestidos largos observan desde los laterales, bajo la sombra de los árboles que aún hoy siguen en pie.

*Sesquicentenario de la creación del
Tribunal Superior de Buga 1848 - 1998
Palacio de Justicia en 1924
Calle Santander con 20 de Julio
(Calle 7 con Carreras 14 y 15)*



No hay rastro de vehículos modernos; en su lugar, el ritmo lo marcan los cascos sobre el empedrado y el murmullo de una sociedad que se reunía aquí para conmemorar sus tradiciones. El palacio, con su arquitectura impecable, sirve de telón de fondo a un desfile que parece suspendido en el tiempo.

Esta imagen no solo muestra un parque, sino un escenario vivo donde la comunidad se veía reflejada en su grandeza. Hoy, esos mismos adoquines y edificios son testigos de cómo los espacios públicos evolucionan —o resisten— ante los cambios de la ciudad.

Dichas situaciones que se han venido presentando muy a menudo en el Parque Cabal, muestran una imagen muy pobre de lo que venimos siendo nosotros como Bugueños, donde demostramos como un Patrimonio cultural de la ciudad no nos importa, a tal punto de encontrarse en las situaciones que está en la actualidad, en resumen, abandonado.

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga

Para ello, es necesario que cada uno como personas nos pellizquemos para que este sea un sitio del que nosotros sintamos orgullo, donde veamos la infraestructura del parque ser recuperada poco a poco y no solo partiendo únicamente de nosotros como ciudadanos, sino también de los altos mandos que dicen tener el “poder” de la ciudad.

Tratemos de buscar como un Parque que en su momento fue punto de encuentro para las personas, que en su momento fue motivo de orgullo para los Bugueños, que en su momento fue uno de los símbolos patrios más importantes de la ciudad por detrás del Señor de los Milagros, vuelva a tener esa misma importancia que tuvo, que sea un sitio seguro donde las familias nuestras puedan disfrutar de una tarde en él, donde las personas puedan disfrutar de un tinto mientras leen el periódico para quienes aún lo leen.

HISTORIA DE UNA FAMILIA DE TENERIFE. UN ECO DE INCERTIDUMBRE, OLVIDO Y SUEÑOS ROTOS



AUTORES_

Maria Jackeline Ipial Estrada
Kevin Manuel López Cardona
Francy Lorena Villegas Raigoza

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga





En un rincón apacible de la geografía vallecaucana, una joven pareja decidió construir su futuro. Con ilusión, se unieron en matrimonio y, como muchos colombianos del campo, levantaron su hogar con esfuerzo y esperanza. La vida en el corregimiento de Tenerife, perteneciente al municipio de El Cerrito, les ofrecía lo esencial: tierra fértil para cultivar, una comunidad tranquila y la oportunidad de ver crecer a sus hijos en paz.

Pronto llegaron dos pequeños a llenar sus días de alegría: un niño de mirada curiosa y una niña de sonrisa luminosa. Eran una familia sencilla, unida por el amor y la rutina del campo.

Era el año 2001, y la vida rural en Tenerife, un pequeño corregimiento en la zona rural del Cerrito parecía inmutable. Allí vivía una familia sencilla: una madre, un padre, un niño de cuatro años y una niña de apenas dos. Sus días estaban llenos de la rutina del campo, de las risas infantiles y del trabajo en la tierra. Pero ese diciembre trajo consigo una tormenta que cambió sus vidas para siempre. Una tormenta de violencia que parecía estar siempre lejos, pero que esa noche, bajo el manto de la oscuridad, los alcanzó.

Eran las 6:00 p.m. cuando el aire se cortó con el sonido seco de botas acercándose. Un grupo armado irrumpió en la finca como fantasmas siniestros. Sus pasos resonaban en la casa, quebrando la paz como cristales bajo sus pies. Rodearon la vivienda y ordenaron a la familia reunirse en la cocina. El padre, con el corazón latiendo en sus oídos, sostenía la mano de su esposa con fuerza, mientras los niños observaban, confundidos y aterrados. Los hombres armados lanzaban preguntas afiladas: "¿Cuándo pasó el ejército por aquí?", "¿Hay alguien más en la propiedad?" No eran preguntas, eran amenazas disfrazadas.

El padre, paralizado por el miedo, no podía responder más que con monosílabos. Sabía lo que pasaba en estas situaciones. Sabía que cualquiera que hablara demasiado o dijera algo incorrecto no saldría de esa cocina. La madre, con el rostro descompuesto, trataba de mantener la calma, pero su cuerpo temblaba tanto que las manos no le respondían. Sus hijos la miraban en busca de respuestas, pero esa noche, ella no tenía ninguna.



Los guerrilleros no se fueron de inmediato. Ordenaron matar uno de sus terneros y cocinarlo. Mientras el padre sacrificaba al animal, con las manos temblorosas y el corazón roto, sentía que su destino estaba sellado.

Sabía que su vida y la de su familia pendían de un hilo delgado y frágil. ¿Sería esta la última noche que estarían juntos? Mientras preparaban la comida, las horas se alargaban, el miedo crecía, y la incertidumbre les devoraba por dentro. Finalmente, la noche se apagó, pero el peligro no. A la madrugada, los guerrilleros se fueron, dejando tras de sí un silencio que pesaba más que el mismo miedo.

Al amanecer, llegó el ejército. La familia, aún con el alma helada, tuvo que contar lo ocurrido. Pero contar la verdad no trajo alivio. El ejército montó su campamento cerca, y el padre temía que ahora, en medio del fuego cruzado, fueran considerados cómplices por ambos bandos. Dos días después, se fueron los militares, pero el miedo ya se había convertido en un habitante permanente de la casa.

Con el paso del tiempo, la guerra se volvió cotidiana. Los guerrilleros volvieron, como si esa tierra les perteneciera. Y cada vez que aparecían, la familia temía más por su vida. Se hablaba de justicia, de libertad, pero para esa familia solo había terror. El destino parecía no tener clemencia con ellos.



En 2003, el infierno tocó su puerta una vez más. Esta vez no hubo preguntas ni advertencias. Los guerrilleros anunciaron que debían irse. La guerra se intensificaba, y su finca, su hogar, estaba en el medio de un enfrentamiento inminente con los paramilitares. Abandonaron su hogar, lo único que conocían, y huyeron hacia Palmira, dejando atrás sus recuerdos, su tierra, y lo que alguna vez fue su refugio.



Cinco meses después, sin ayuda, sin apoyo del Estado, sin respuestas, la familia intentaba sobrevivir en una ciudad que no les ofrecía más que incertidumbre. El derecho a una vivienda digna, a la educación de sus hijos, a vivir en paz, todo había sido arrancado de cuajo por un conflicto que no pedía permiso. Los días pasaban, pero el miedo no desaparecía. Se sentían abandonados, desechados por un país que parecía haberlos olvidado.



El golpe más duro llegó en 2005. Su hijo, ahora de ocho años, desapareció. Un día salió del colegio y nunca regresó. La desesperación se apoderó de ellos. Buscaron por todos los medios: bienestar familiar, hospitales, otras fincas. Pero no hubo rastro, ni una pista. Nadie parecía querer involucrarse. Nadie quería cargar con el peso de una vida perdida en medio de la guerra.

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga

A medida que los días se convertían en años, la incertidumbre se volvió una constante, un agujero negro que consumía todo a su paso. El Estado, que tenía el deber de proteger a su gente, permaneció ausente. ¿Dónde estaban los derechos de ese niño que merecía crecer libre?

¿Dónde quedaba su derecho a la educación, a una vida digna, a un futuro? Las preguntas eran muchas, pero las respuestas eran ninguna. La familia vivió en silencio su dolor, sin una mano que les ofreciera justicia, sin apoyo emocional, sin reparaciones, sin nada.

Desde aquella noche que lo perdieron, nada volvió a ser igual. La casa quedó en pie, pero la vida se les vino abajo. El silencio se hizo costumbre. El miedo se convirtió en rutina. El llanto, en compañía. Cada amanecer traía la esperanza de encontrarlo, pero cada anochecer confirmaba la realidad: el niño ya no estaba. Los días siguieron, pero el tiempo no curó nada. Cada cumpleaños del pequeño era un puñal que se clavaba más hondo.

En lugar de globos y pastel, solo había silencio... y una vela encendida, como símbolo de que aún lo esperaban. Las Navidades dejaron de tener luces. El árbol estaba, sí, pero la alegría se había ido con él. Su silla, vacía. Su nombre, pronunciado entre sollozos. Su risa, apenas un eco que vivía en el recuerdo. Las fiestas familiares, antes motivo de encuentro, se convirtieron en recordatorios crueles de que faltaba alguien. De que había un hueco imposible de llenar. Cada fecha especial era una tortura silenciosa, un desfile de "qué habría sido si..."

Y aún hoy, conservan lo único que quedó de él: un pequeño carrito de juguete. Viejo, desgastado, lleno de polvo... pero también lleno de amor. Lo guardan con una devoción que sobrepasa lo material, porque ese carrito guarda la última imagen feliz que tienen de su hijo. Es lo único que les pertenece de él. Lo abrazan como si fuera su niño. Lo cuidan como si aún pudiera jugar. Ese pequeño objeto, sencillo y roto, se ha convertido en su tesoro más sagrado. Porque cuando todo fue arrancado, ese carrito quedó como testigo del amor, del dolor... y de la ausencia.

Pasaron los años. En 2014, la esperanza que alguna vez brillaba, aunque tenue, se apagó aún más. Un vecino, al ver la foto que el padre aún llevaba en su billetera, dijo algo que dejó sin aire a la familia:

“Años atrás vi a un niño parecido, lo arrastraban unos guerrilleros hacia la quebrada. No escuché disparos. Pero... nadie más volvió de allí.” Y fue como si el corazón se les rompiera otra vez. No había certezas. No había un cuerpo. No había verdad. Solo esa frase, cortante como navaja, que desde entonces vive en sus pensamientos como una condena.

Desde entonces, la vida no es vida. Es apenas una espera larga, gris, eterna... entre el recuerdo, el miedo y la esperanza que, aunque maltratada, aún no muere del todo. El Estado nunca los protegió. Sus derechos fueron pisoteados una y otra vez. Les arrebataron la paz, el hogar y a su hijo. El dolor no desaparece, y las promesas de justicia se desvanecen con el tiempo. A esa familia nadie le ofreció apoyo psicológico, ni justicia, ni reparación. ¿Dónde quedaba el derecho a la vida? ¿Dónde quedaba la promesa de que todos los ciudadanos son iguales ante la ley? La verdad es que, para esta familia, la guerra les robó todo, y el país les ofreció solo el frío silencio del olvido.





Y aún, a pesar del paso del tiempo, esa familia sigue soñando. Imaginan, en las noches más oscuras, qué habría sido de su hijo si el conflicto no se lo hubiera arrebatado. Sería un joven de 30 años, tal vez. Quizás habría terminado sus estudios, habría ido a la universidad. Tal vez ahora sería un profesional, un médico, un abogado o un ingeniero. Podría haber sido alguien que contribuiría a su comunidad, alguien con sueños, metas y una vida llena de oportunidades.

Si hubiera tenido el derecho a crecer en paz, ese niño habría disfrutado de su infancia, sin la sombra del miedo acechando cada rincón de su hogar. Habría corrido libre por los campos que alguna vez fueron su refugio. Habría tenido derecho a una educación, a una vida digna, a un futuro. Tal vez, si no hubiera desaparecido, la familia no viviría con esta angustia que consume sus días. Tal vez, ahora serían una familia completa, sin el peso de la ausencia, sin el vacío que nunca podrán llenar.

Se preguntan cómo sería sentarse en la mesa con él, compartiendo una comida en paz, sin temor a los ecos de las botas militares o el sonido de las armas. Imaginan cómo sería escuchar sus logros, ver su sonrisa al regresar de la universidad, rodeado de libros y sueños.

Si no hubieran violado sus derechos, si el Estado hubiera actuado para protegerlos, quizás ahora serían felices. Tal vez sus días estarían llenos de risas, de planes de futuro, de abrazos que no fueron robados.

Pero la realidad es distinta. El conflicto les arrebató todo. Les arrebató su paz, su seguridad, su hogar, y lo más doloroso: a su hijo. Cada día, mientras luchan por sobrevivir, se preguntan dónde están los derechos que les prometieron, dónde está el amparo que el Estado debía ofrecerles. El derecho a la vida, a la educación, a la familia, todos fueron vulnerados. Y ellos, en su dolor, siguen esperando, porque, aunque el Estado los olvidó, ellos no pueden olvidar.

RELATOS QUE SANAN

Programa Académico de Contaduría Pública
Universidad del Valle- Seccional Buga



**Universidad
del Valle**

Seccional Buga
Contaduría Pública

Fotografía de Jesius Abad Colorado

Tejidos de **RECONCILIACIÓN** *Narrativas de la* **ESPERANZA**

Esta cartilla recoge las reflexiones y relatos que surgieron en el marco de la asignatura *Construcción de Cultura de Paz*, del Programa Académico de Contaduría Pública, durante el periodo académico febrero - junio de 2025, bajo la orientación del profesor José Fernando Betancourt.

Es el resultado del compromiso y la sensibilidad de nuestros estudiantes, y representa un valioso aporte a la memoria colectiva de nuestras historias y realidades en Buga. Relatos que sanan, que nombran el dolor y también la esperanza, con el anhelo de construir un futuro más justo y en paz.

Guadalajara de Buga
Junio 06 de 2025